

EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



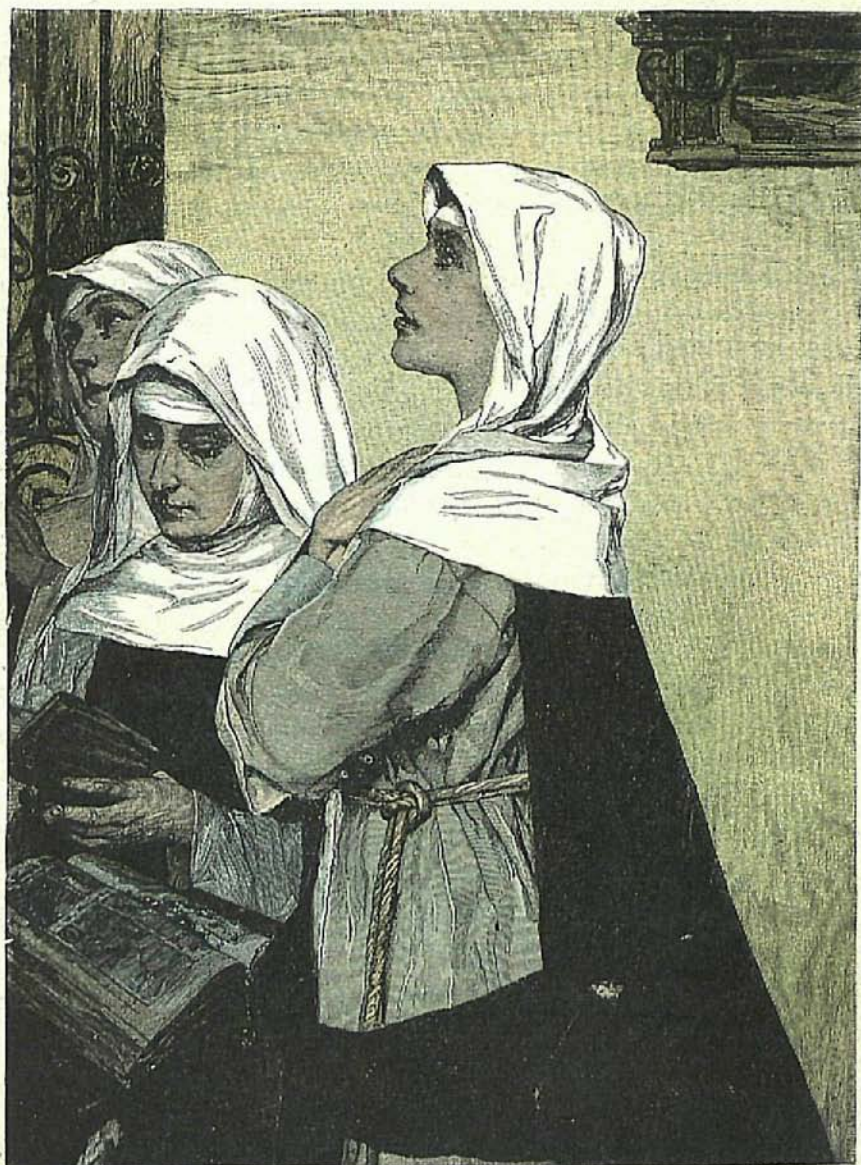
Año IV



18 de julio de 1891



Núm. 194



LAS RELIGIOSAS

UN RATO DE CHARLA

LA cuestión de los exámenes ha dado bastante que hablar: parece que *ha habido algo* en Sevilla y Barcelona, y no precisamente en prestigio de la *institución*. No hay que forjarse ilusiones, sin embargo: todo continuará como hasta aquí. Razón: porque es malo. Si fuese bueno no continuaría.

Vengan, pues, exámenes, en los que el profesor, si le da la gana, pueda *reventar* al alumno, aunque sepa más que Brijan; vengan exámenes, aunque se dé el caso de que un *chiripero* se descuelgue con un *sobresaliente* y se lleve una calabaza el infortunado que se sabía toda la asignatura fuera de los puntos que le tocaron en suerte.

Además, con la perpetuación de los exámenes no pierden de vista nuestros estudiantes el supremo fin de su asistencia á clase: *ganar curso*. Porque sería deplorable que alguien se figurara que se va á clase para aprender. No, señor: se va para *ganar curso*. Y para ganar curso nada mejor que aprenderse bien la lección y contestar al catedrático por manera que quede satisfecho de la exactitud estereotípica con que la contestación reproduce las palabras del libro ó de los apuntes.

¡Lo que se aguza el entendimiento con la asistencia á clase!
¡Lo que allí se aprende!

Sobre todo en los institutos: sálase de allí hecho un sabio. Los cincuenta kilogramos que pesan los libros de texto, á cuarenta reales el kilogramo, se trasforman en la vigésima parte de un miriagramo de sabiduría. Allí de todo: prosodia latina y arte de engordar gallinas; el tungsteno y la concatenación; los paralelepípedos y el rey Sesostris; el epiquerema y el cabo Farewell; el binomio de Newton y las funciones del pancreas; el principio de Arquímedes y los poemas didascálicos. ¿Se quiere más *salomonismo*? Y á todo debe contestar el pobre muchachuelo. El no sabrá con qué se comen las *estipulas*, ni será capaz de traducir cuatro versos de Virgilio (si no se ha procurado alguna tradicional traducción manuscrita), pero *habrá contestado*, y aquí paz y después gloria. La cuestión es *contestar*.

Reconozco, sin embargo, las ventajas que reporta el admirable plan de segunda enseñanza con su opulenta multiplicidad de

ciencias, de letras y de artes, y es que obliga, cuando menos, á estudiar, decentemente, *diez horas diarias*. ¡Diez horas de estudio en la adolescencia! ¡Y, en suma, para aprenderse de coro las elocuentes parrafadas de la mayoría de nuestros inapreciables libros de texto!

Gracias á este sistema, vigente desde hace cerca de cuarenta años, la segunda enseñanza, todo lo aprendido en el instituto, desempeña para la inteligencia, según la frase de un profesor alemán (bien que éste habla por lo que pasa en su país), «el papel de una tela de araña, harto débil para servir de apoyo á los escolares, harto complicada para no embrollar su espíritu.» Tal resultado, sin embargo, agrávase todavía más entre nosotros por la viciación del objetivo estudiantil, por eso de *ganar curso*. Es de ver el zafarrancho que se arma en las molleras escolares allá á últimos de mayo. ¡Qué manera de consultar el *programa* y qué prisas para aprenderse *definiciones*! Sólo que la mayor parte serían incapaces de reconocer lo definido ó de aplicarlo.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO

CONOCIMIENTOS ÚTILES

NADIE ignora que los colores no son á la luz del día los mismos que de noche á la luz de las lámparas de aceite, de las bujías ó del gas. Como se ha convenido en llamar á los diurnos *colores naturales*, resulta que todas las luces que no sean la solar, y en especial las luces artificiales, alteran más ó menos el color. Una tela que parece azul de día, parece verde de noche, y viceversa. Este efecto no deja de tener su importancia para los tocados de las damas, los adornos y tapices de los salones y las decoraciones teatrales. Para demostrar el origen de este fenómeno nos valdremos de algunos detalles y curiosos datos de un trabajo debido al ilustre químico Nikles.

Este sabio reconoció que el percloruro de magnesio combinado con el éter forma una sustancia que en plena luz del día es de un hermoso verde y á la del gas parece negra.

Un pigmento de hermoso color carmesí colora de azul ciertas soluciones salinas. Tal es, por lo menos, el color que resulta de día. Iluminadas por el gas, estas soluciones azuladas adquieren diversas tintas: roja si la solución contiene carbonato de cal ó cloruro de zinc; verde si es nitrato de cal ó cloruro de calcio; azul si bicarbonato de potasa.

Pues bien: estos cambios de color no ocurren si, en vez de alumbrar con

gas dichas soluciones, se hace uso de la luz de magnesio. Lo propio acontece con la combinación etérea del percloruro de manganeso, la cual es verde á la luz del magnesio y á la del día. La luz eléctrica tampoco hace perder á los cuerpos los colores con que se les ve á la luz solar.

¿De qué dimana esta diferencia entre la luz del magnesio ó del arco voltaico y la producida por el gas de carbón de piedra, por el aceite ó mineral de las lámparas, ó por la estearina de las bujías? Del sodio que estas últimas luces contienen siempre en corta aunque en suficiente cantidad para comunicar á las llamas el matiz amarillento que proviene de la raya del espectro sódico.

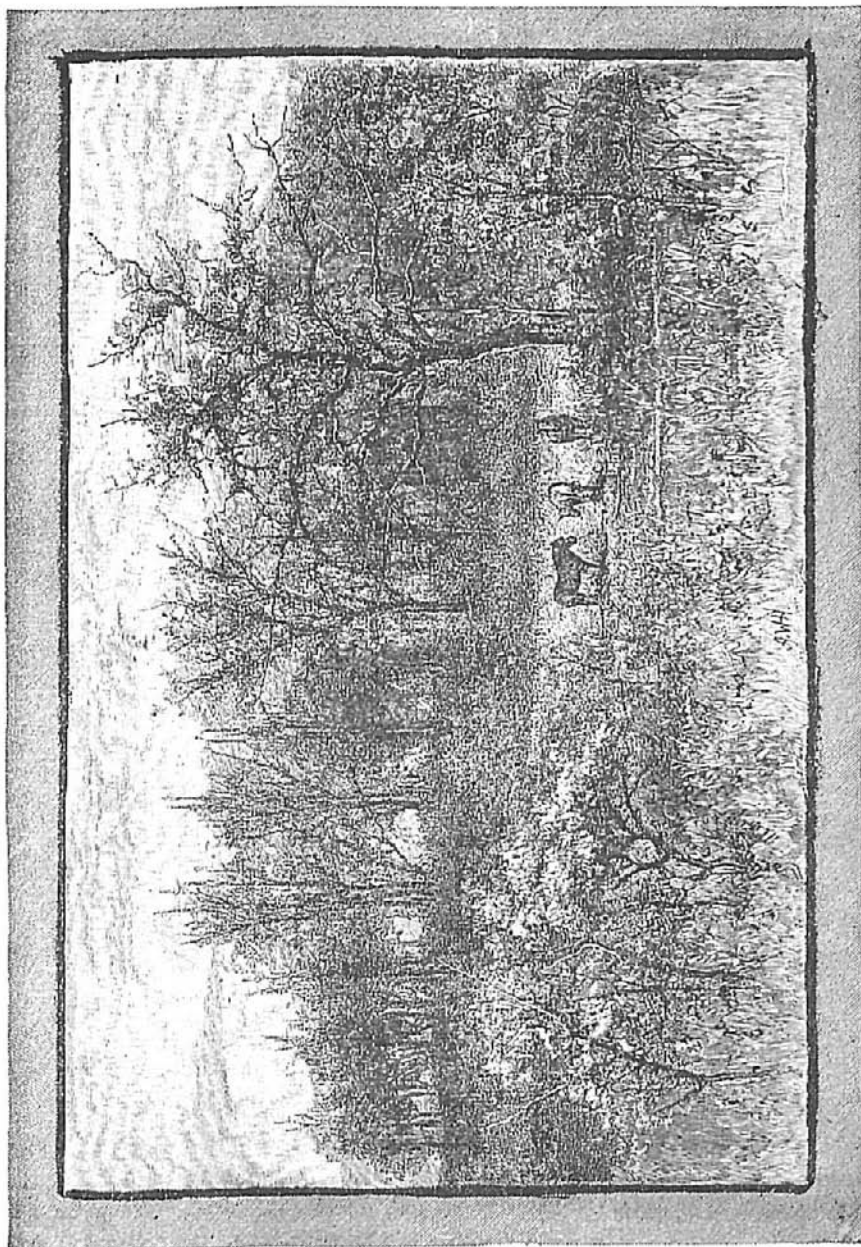
Los experimentos practicados no dejan la menor duda acerca de esto, y sabemos, en efecto, que todos los colores, excepto el amarillo, se extinguen á la luz monocromática del sodio, sirviendo esta circunstancia de explicación á los efectos que Nikles describe. Habiendo alumbrado con luz sódica papeles coloreados unos de verde (magnato de barila), otros de color de naranja (biyoduro de mercurio) y otros de amarillo cromo, todos ellos colores magníficos á la luz del día y menos vivos ya á la del gas, vió que el verde se volvía negro, mientras que el amarillo y el anaranjado parecían blancos. Varios cristales verdes de acetato de cobre, rojos de nitroprusiato de sosa, de ioduro de antimonio y de arsénico, parecen negros á la luz amarilla del sodio, que altera también el color verde de las hojas y apenas cambia de tono los azules, excepto el de ligustro. El cloruro de cobalto cristalizado, que á la temperatura ordinaria es de color de rosa, adquiere una magnífica tinta azul cuando se le calienta en una redoma. La llama del sodio no altera este color, á pesar de ser tan desfavorable, como acabamos de ver, á la mayoría de los demás.

La luz de la lámpara sódica comunica un color cadavérico de un verde lívido á las manos y el rostro de las personas á quienes alumbrá, y cuyos labios parecen amoratados. Estas tintas provienen indudablemente del azul, único que ha podido resistir á los efectos de extinción causados por la llama de sosa. Por lo demás, todo el que haya visto flamear un ponche ó un *pudding* conoce este color, porque en ellos figura en primer término el alcohol salado. Afortunadamente este efecto desaparece con la causa que lo produce, y por fortuna también las llamas del alumbrado público no estén saturadas de sodio, de lo contrario estaríamos expuestos, de noche, á verlo todo azul; pero, aun cuando no estén saturadas de sodio, son lo suficientemente amarillas para formar verde con diferentes azules, y hé aquí por qué ciertos azules parecen verdes durante la noche, y también por qué en una habitación muy alumbrada puede suceder que se distinga con dificultad un traje verde de otro azul, pues el verde puede resultar un poco más oscuro, mientras que el azul formará verde con la luz amarilla del alumbrado.

Estos experimentos no carecen de interés por lo que respecta á los otros.

Como la llama sódica tiene la propiedad de abolir los colores, por decirlo así, un cuadro iluminado por ella parece como un dibujo cuyos contornos sub-

sisten gracias á las medias tintas. Es, poco más ó menos, el efecto que produce la fotografía. Pero creemos que, no siendo la absorción en el primer caso pro-



Paisaje

porcionalmente igual para los dos colores, debe resultar una alteración de valores relativos de los tonos, como sucede también en las mejores fotografías.

BENJAMÍN

LA PELADILLA

(Conclusión)

Pero Marcelo era infatigable.

—¡Mono! ¡Mono! ¡Mono!—continuaba gritando cada vez más fuerte.

Al fin rebosó el vaso, no muy grande, de la paciencia de Nicolás. La ira, invadiendo su razón, eclipsó su entendimiento como la nube eclipsa el sol. Habría aquél llegado, por la calle susodicha, á unos diez pasos de Marcelo, cuando, apretando los dientes y temblándole los músculos de la cara, se volvió rápidamente, miró al suelo con ojos extraviados, y, como viese en él una peladilla, un huevo, mejor dicho, á juzgar por el tamaño, sin saber lo que se hacía, arrojóla con toda su fuerza, centuplicada por la rabia, á la cabeza de su ofensor.

Instantáneamente oyó Nicolás desgarradores gritos: vió al desgraciado Marcelo llevarse ambas manos á la frente, y aun parecióle que éstas se teñían de sangre, con lo cual, pálido, convulso, azorado, echó á correr á escape hasta su casa, donde en un santiamén, recatando á su madre el rostro, arrojó sobre el costurero el carrete de seda negra y fué á encerrarse en su habitación.

—¿Qué es eso? ¿Qué le pasa á mi hijo?—se preguntó la madre, algo extrañada.

Pero atribuyendo el caso á una travesura infantil sin importancia, como la apurase la costura, dejando para luego la averiguación de aquél, continuó cosiendo.

Imposible fuera describir lo que Nicolás sufrió durante media hora: aquella maldita peladilla, puesta allí, en el suelo, tal vez por el diablo mismo; aquellos desgarradores gritos de su víctima, aquella sangre; sí: aquella sangre, porque él, estaba de ello bien seguro, la había visto brotar en abundancia... —¡Estúpido, infame, bribón, que por una palabreja inofensiva, no sabiendo despreciarla, has hecho la barbaridad de herir, de matar quizás, al pobre niño!

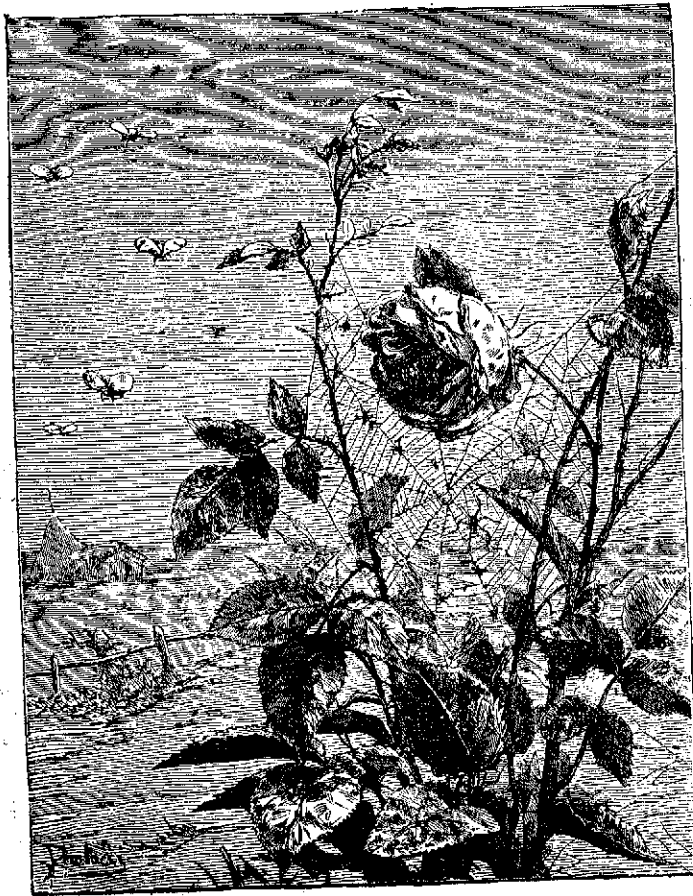
Estas tristes ideas de Nicolás fueron de pronto interrumpidas por voces y lamentaciones proferidas con calor en la vecina sala.

—Véalo V., señora, véalo V.—decía la madre de Marcelo;—por un inocente mote, que no es mi hijo el único en darle, el de V. acaba de abrirle la cabeza.

—Yo no hice más que llamarle *mono* por bromear, sin ánimo de ofenderle,—añadía el descalabrado muchachuelo.

—¡Dios mío, qué disgusto! ¡Nunca lo hubiese dicho de mi hijo! ¡Cuando su padre se entere!—exclamaba la increpada madre, retorciéndose las manos.—Nicolásito, hijo mío: ¿dónde estás? Sal: mira lo que has hecho.

El azorado niño, no atreviéndose á desobedecer á su mamá, salió, más muerto que vivo, de su estancia, y en la sala vió á Marcelo entre las dos mujeres, pálido, con la cabeza vendada y con manchas de sangre fresca en el vendaje.



La rosa soberbia

—No te desesperes, mamá, ni á papá le digas nada cuando venga,—sólo pudo balbucir;—yo no he querido herir á mi compañero. A él y á esa señora pido mil perdones, y mañana, si me lo permiten, iré á darles una satisfacción.

—Está bien: mañana, á las tres, te espero,—dijo Marcelo con la gravedad de un hombre.

—¡Ah! Los hijos ¡cuántos disgustos nos cuestan!—concluyó la madre, llevándose de la mano al niño herido.



DIFERENTES EFECTOS DE LA MÚSICA



LA ENFERMITA



Á la tarde siguiente, poco antes de las tres, Nicolás se hallaba muy atareado rompiendo la alcancía donde acostumbraba á echar los cuartos que, en pago de su aplicación, todos los domingos le daba su mamá. Cuando lo hubo verificado, corrió á la mejor confitería del pueblo, y en seguida á casa de Marcelo.

Éste le recibió con alguna frialdad, aunque bastante mejorado de la herida, que no había resultado ser sino una descalabrada sin importancia.

—¿Vienes á darme una satisfacción?—preguntó á Nicolás, viéndole con un paquete debajo del brazo.

—Sí; y espero que sea de tu gusto,—respondió el interpelado.

—Tú dirás.

—¿No fué ayer una peladilla la causa de tu daño?

—En efecto: si no me la hubieras tú arrojado á la cabeza...

—Pues mira: por mi parte disté mucho de quedarme satisfecho. ¡Toma, toma peladillas!

Y uniendo la acción á la palabra, y soltando el cordón azul que sostenía el paquete, comenzó á arrojar sobre la mesita de estudio del herido puñados de hermosas peladillas de Alcoy que acababa de comprar en la confitería.

Al verlas abrió Marcelo unos ojos más grandes que las confitadas almen dras que tenía delante, y soltó tan expansiva carcajada que Nicolás se vió en la precisión de arreglarle la venda que sujetaba el parche de la herida. Luego arremetieron ambos á dos con la golosina, dejándola bastante mal parada. Y como en lo más recio de la brega acertara á entrar la madre de Marcelo y los encontrase tan dulcemente entretenidos, añadió á las peladillas sendas copas de vino generoso. Así pasaron charlando alegremente gran parte de la tarde, y antes de despedirse profirió Marcelo:

—Oye, Nicolás: ¿te acuerdas de aquellos versos con que me contestaste cuando yo...

—Sí que me acuerdo.

—¿Quieres hacer el favor de repetírmelos?

—Con mucho gusto.

—Espera: repítelos despacio,—añadió el descalabrado, tomando de encima de la mesa un lápiz y una cuartilla de papel.

Y, mientras la decía Nicolás, Marcelo fué copiando la redondilla del poeta.

Trascurridos algunos días, ya próximos los exámenes, reinaba viva agitación entre los compañeros de nuestros dos muchachos. El profesor de matemáticas habíales puesto unos problemas muy difíciles, y al ponérselos había dicho con cara de vinagre:

—Al que mañana no me traiga resueltos esos problemas, le suspendo.

Al otro día, cuando iba á entrar en clase, Nicolás encontró á su compañero triste y cabizbajo.

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?—le dijo.

- Este maldito problema no sé cómo resolverlo, y me van á reprobár.
- Á ver: espera un poco. Toma: ya está. Cópialo ahora de tu puño y letra.



El emperador Honorio

Nicolás resolvió en un periquete el problema de su condiscípulo, y añadió á la solución algunas explicaciones por si al profesor se le antojaba preguntarle.

Una semana después, habiendo alcanzado Marcelo, sin haberlo sido, la nota de *notablemente aprovechado*, se acercó á Nicolás y le dijo:

—Á ti te debo la aprobación del curso. ¡Qué verdad era y qué razón tenías!

—¿En qué?

—En recitarme los consabidos versos, que no olvidaré jamás:

«En el hombre no has de ver
la hermosura ó gentileza:
su hermosura es la nobleza,
su gentileza el saber.

—¡Bah! ¿Quién se acuerda de eso ahora?—respondió el aplicado chico abrazando á su compañero.

Desde entonces Marcelo y Nicolás son los mejores camaradas del mundo, y no han vuelto á ponerse motes ni á arrojarse más peladillas que las de Alcoy, que juntos saborean con frecuencia.

JUAN TOMÁS SALVANY

NUESTROS GRABADOS

LAS RELIGIOSAS

Excelente grabado iluminado que presenta bajo un simpático aspecto á esas dignas hermanas, tan apreciables y serviciales.

PAISAJE

Bellísimo paisaje, lleno de placidez y frescura. Sería un buen modelo si no valiese más copiar los paisajes del natural que no del papel.

LA ROSA SOBERBIA

Érase una rosa muy soberbia y desdñosa. Cuando se acercaban á ella las mariposillas, enfadábase en gran manera, no creyéndolas dignas de tanto honor, y suspiraba siempre por que fuese á visitarla alguna abeja de oro ú otro personaje así; por lo cual rogó á una araña la hiciese el favor de tender allí sus redes y no perdonase á mariposa, mosca, mosquito, libélula y demás genticilla que se aproximase á su rosadísima majestad. La araña no se hizo de rogar, y buena caza hizo; pero las abejas, al ver tal mortandad, se apresuraron á alejarse de aquel cementerio, y la rosa hubo de morir de la patalata.

DIFERENTES EFECTOS DE LA MÚSICA

Parece que á los perros les molesta muchísimo la música, al revés de lo que sucede con los elefantes, grandes amigos de oír tocar la flauta. Aparte



Hilanderas romanas

de esto, he de confesar que yo formo entre los que odian el piano. ¡Horror! ¡Peste con aquellas infernales máquinas!

LA ENFERMITA

Tierna escena que viene á ser una variante más del inagotable tema del *amor de los amores*.

EL EMPERADOR HONORIO

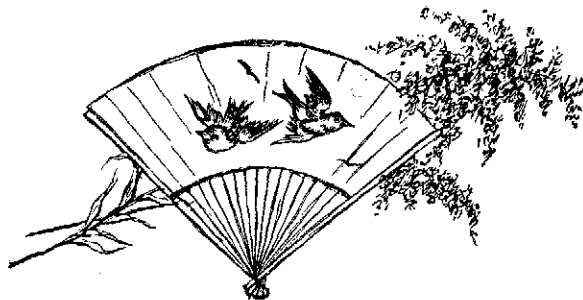
Ya sabéis quién era ese majadero, que, mientras sus ejércitos estaban peleando contra los bárbaros, él se entretenía en cazar moscas y en reventar á sus mejores generales y ministros.

HILANDERAS ROMANAS

Cuadro de costumbres lleno de exactitud y de color local. Nada apreciaban tanto los romanos como el talento de hilandera, de que, por punto general, hacían gala sus esposas, haciéndose constar hasta en los epitafios.

EL NIÑO Y EL GATO

Un niño se entretenía jugando con un gato, gustándole mucho que le mordiera *de broma*, hasta que un día le mordió *de veras* y allí fué el llorar. No hay que fiar de los gatos... ni de otros.



CUENTOS RUSOS

EL ZORRO MÉDICO

Cn otro tiempo érase un matrimonio anciano. El hombre plantó una cabeza de col en la cueva, debajo del suelo de su cabaña, y la mujer plantó otra en el cenicero, donde bien pronto se blanqueó completamente, mientras que la del hombre crecía de continuo, hasta tocar el suelo de la choza. Al ver esto, cogió su hacha y practicó un agujero para dar paso á la col, que siguió elevándose y no tardó en llegar al techo. Entonces el hombre, empuñando de

nuevo su hacha, formó otra abertura en el techo, y la col creció tanto que al fin llegó al cielo. ¿Cómo podía el pobre hombre alcanzar entonces la cabeza de la col? Comenzó á trepar por el troncho, y con tanta insistencia que, por último, pudo tocar con las manos en el cielo, donde practicó también una



El niño y el gato

abertura y se introdujo por ella. Allí vió un molino: éste giró de pronto, y de él salió un pastel, una torta y un jarro lleno de agradable bebida.

El hombre comió y bebió, y, después de echar un sueño, dejóse deslizar por el troncho de la col hasta tocar en tierra.

—Buena mujer,—dijole al entrar en la choza;—no sabes tú qué bien se vive allá en el cielo: hay un molino que da vueltas, y cada vez que gira te ofrece un pastel, una torta y un jarro de *kasha*.

—Y ¿cómo podré yo subir?—repuso la vieja.

—Métete en este saco y yo te llevaré.

La mujer reflexionó un poco, y después se introdujo en el saco, que el hombre cogió con los dientes, comenzando á trepar hacia el cielo; pero tardaba tanto en llegar que, cansada la mujer, preguntó al fin:

—¿Está mucho más lejos?

—Nos hallamos á mitad del camino. Estate quieta.

Y de nuevo comenzó á trepar y trepar, hasta que la mujer preguntó de nuevo:

—¿Falta mucho aún para llegar?

El hombre iba á responder que ya estaban cerca, cuando el saco se deslizó de sus dientes y la mujer se hizo pedazos al caer en tierra.

El hombre bajó por el troncho de la col y recogió el saco; mas sólo contenía ya huesos, reducidos á diminutos fragmentos. El hombre salió de su casa llorando amargamente; pero á los pocos pasos salióle al encuentro un zorro y le preguntó:

—¿Por qué lloras así, buen hombre?

—¿Cómo no he de llorar, cuando mi mujer se ha hecho pedazos?

—No te aflijas: yo la curaré.

El hombre se arrojó á los pies del zorro, exclamando:

—Curadla y os daré todo cuanto me pidáis.

—Muy bien; pero haz lo que te diré. Calienta la sala del baño, lleva allí los restos de la mujer, con un saco de harina de avena y un tarro de manteca, y tú quédate fuera sin mirar lo que pasa dentro.

El hombre hizo punto por punto todo cuanto le dijeron y se quedó á la puerta, mientras que el zorro, después de cerrar bien esta última, comenzó á lavar los restos de la mujer, observándolos detenidamente.

—¿Cómo sigue mi esposa?—preguntó el hombre.

—Ya comienza á moverse,—contestó el zorro, que, después de haber devorado los restos de la mujer, ocupábase en reunir los huesos en un rincón.

El hombre esperó un poco más y volvió á preguntar:

—¿Cómo sigue mi mujer?

—Ahora descansa un poco,—dijo el zorro, que roía el último hueso.

Y cuando hubo concluido gritó:

—Ahora abre la puerta, buen hombre.

La orden fué obedecida al punto, y en el mismo instante el zorro precipitose de un salto fuera de la habitación. El hombre entró corriendo y miró por todas partes; pero sólo vió los huesos de la mujer en un rincón, completamente limpios: la harina y la manteca habían desaparecido también, y el pobre hombre hubo de llorar otra vez su desgracia.

FIN

ADMINISTRACIÓN: Ramón Molinas, editor: plaza de Tetuán, 50. Barcelona.— Manuel Pla y Valor: Ancha de San Bernardo, 33. pral., Madrid

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. — NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica; plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA